

# Alberto Rubio, desencantado y señorial

Con oportunidad de la reedición -hace ya tiempo- del primer libro de Alberto Rubio, "La greda vasija", y por iniciativa del académico Mario Rodríguez Fernández, director de la revista "Atenea", un grupo de amigos antiguos se reunió en la Biblioteca Nacional para exteriorizar su agradecimiento a uno de los mejores exponentes líricos de la generación de 1950.

En las últimas ocasiones en que nos tocó alternar con Alberto Rubio, exhibía el corte de barba (a lo Lincoln o a lo capitán Acab) con que ahora lo presentan las fotografías a raíz de su deceso, corte de barba que no se sabe si acentuaba más la tristeza de su rictus o su desesperanza de las cosas.

Nacido en 1928, Alberto Rubio Riesco publicó "La greda vasija" en 1952. En plena efervescencia de los cabildeos

iniciales de la juventud literaria de 1950, Rubio, que era tímido, quitado de bulla, daba muestras de un buen humor singularísimo en su libro. Las convenciones lo obligaban a compartir el juego de los jóvenes de aquellos años. La gran pirotecnia, naturalmente, pertenecía a Nicanor Parra. Era una forma de alejarse de la astronomía pesada de Neruda, Mistral, Huidobro y De Rokha.

Con razón el atinado crítico Jorge Elliott García escribía en 1957: "Armando Uribe, Alberto Rubio y Raúl Rivera están también cerca de la actitud poética de Nicanor Parra; dotados todos de una inteligencia despierta que capta con fi-

nura lo circunstancial, poseen un humor que apunta hacia el desencanto. Además revelan un pudor sentimental y un dominio de los impulsos internos que no llegan tampoco hasta el extremo de matar la emoción".

Diríamos en propiedad que Alberto Rubio fue un poeta de escasos libros y de muy escogidos poemas. Los libros que se conocen: "La greda vasija" (1952) y "Trances" (1987).

Hay la sensación de que la enfermedad que lo arrancó de este mundo, una versión del "mal de ausencia", venía acosándolo desde el momento tan repentino y estremecedor en que se le comunicó la muerte de su hijo, Armando Rubio

---

**En 1950, con su primer libro, Rubio, que era tímido, quitado de bulla, daba muestras de un buen humor singularísimo.**

Huidobro (1955-1980).

Entre la gente de letras, la aparición de "La greda vasija" causó verdadero revuelo. Nadie pensó en el hallazgo de un nuevo Nicanor Parra, pero sí en el hallazgo culto y fino de una corriente de humor que, pasando por Parra, se remontaba a una de las vertientes de Pezoa Véliz. La lectura de su poema "Señoriales señoras" se convirtió en santo y seña de la vida moderna: "¡Alto departamento que brilla allá en los cielos!/ Los balcones se asoman, silenciosos y solos,/ y más adentro de ellos las señoras conversan,/ sentadas mutuamente señoriales y altas".

Desencantado y señorial, Alberto Rubio rehusó tomar en serio el rigor de su maestría. La brasa del hogar profundo fue más poderosa en él que la ambición del renombre literario.